

**ANTOLOGJA
PARA
DESTRUIR**

SEÑORITA ALFREDO

El tren pronto se detendría y podría tomar algo caliente. Habían viajado toda la noche y la ausencia del coche-comedor había extendido las horas entre vueltas y vueltas, contando los relámpagos lejanos, las caserías que atravesaban las estaciones dormidas.

Cada tanto, como una piedra que le arrojaban; recordaba las siluetas muertas agitando los brazos en el final del andén.

El aire de campo le vendría bien, le habían dicho, pronto volvería a ser el de antes.

Después de todo, ya estaba sintiéndose mejor con el viento que a pedazos se filtraba por debajo de la ventanilla. Por fin, el tren aminoró la marcha y, asomando la cabeza, vio que llegaban a una gran estación ferroviaria. Pensó que bajaría e iría corriendo a tomar un café con medialunas, un café caliente.

La multitud, como una gran colmena nerviosa, iba y venía con valijas, cajas y atados de todos tamaños; trabajadores con bolsitos en la espalda se acodaban a los mostradores y una multitud de mozos los atendía. Eligió el bar más sobrio, pensando que sería más barato que los otros y, que además, lo atenderían más rápido. Las medialunas estaban muy cerca, brillantes, detrás de una campana de vidrio y ya había pedido el café.

–¿Tiene el ticket? –le preguntó el mozo, cuando le servía.

–No, no me dieron ninguno.

Entonces el mozo retiró el café y le dijo:

–Tiene que sacarlo al final del mostrador, allí donde está la gente. Pídaselo a la Señorita Alfredo.

Empujando y empujando llegó a la caja y preguntó por la señorita Alfredo y dijo que quería un café y tres medialunas: pensó que la cosa empezaba a complicarse, además, desde ahí ya no veía el andén al que había llegado.

En la caja parecían no entenderlo y tres o cuatro camareras cuchicheaban y se reían entre sí, hasta que al final una le dijo que ya lo atendería, que tuviera paciencia. Pensó en irse, en dejar el café para la próxima estación; después de todo, podría comprarse un paquete de galletitas, un atado de cigarrillos y a otra cosa.

Pero una fuerza íntima lo traicionaba: el olor del café, las medialunas tan imaginadas, los ruidos incesantes de la estación que parecían envolverlo... y, a pesar de todo, prefirió sonreír y esperar con la plata lista para el célebre ticket. Las camareras se reían; cada tanto, a desgano, cobraban a los clientes, hasta que al fin, una de ellas, quizás la señorita Alfredo, gritó con voz ronca: Café y tré medialuna.

Después de pagar y controlar la hora en su reloj, llegó otra vez al mostrador inicial; con ciega satisfacción alargó su ticket y pensó que el mozo le devolvería el café (los hombres, después de todo, son más prácticos, qué joder) pero el mozo dijo que había un error, cosa de un segundo y llamó a la señorita Alfredo.

– ¡Pero no se da cuenta que pierdo el tren!, exclamó furioso.

El mozo trató de tranquilizarlo, que no se hiciera problemas, pero que la máquina registradora no había marcado el total de la consumición y que después vendría el dueño a controlar y que se lo cobraría a él. La señorita Alfredo no llegaba y el tren por suerte seguía inmóvil al final de la estación. Pensó con fastidio que era innecesario que el mozo lo entretuviera contándole que el dueño era un español más vueltero que caballo de noria y que ya lo tenía podrido, que cualquier día renunciaba y listo.

– Señor, le dijo, tiene que volver a la caja para que le hagan otro ticket, cosa de un segundo, ¿vio?

Fue apurado y ya no quiso el café, pidió la plata; pero le dijeron que tampoco se la podrían dar, porque el ticket ya estaba hecho, que en seguida lo corregirían.

– Es que no entienden, idiotas, que pierdo el tren, que ya es la hora.

Sintió un frío que le trepaba por el cuerpo, y mientras los maldecía, salió corriendo. En el camino parecía tropezarse con todo el mundo, casi saltó sobre un carrito con valijas y desconcertado llegó junto al tren; allí comenzó a caminar con cierta tranquilidad, pero pronto descubrió ligeras diferencias, como un color más fuerte en los vagones, la locomotora más antigua. Desesperado creyó que era el final, que su tren ya se había ido y se dio cuenta de que involuntariamente estaba llorando, cuando uno de los compañeros de viaje le dijo que subiera, que ya salían, que el aire de campo le haría bien.

UNA VENTANA ABIERTA

¡Qué joder! De un momento a otro también se lo llevarían. Seguro que ya habían cantado Pochola y el Bebe, seguro que la cosa se había podrido, que se lo llevarían y alzarían con todo, como esas hormigas que había visto en algún libro. Y en medio de la desesperación, recordaba el libro y las tapas azules y rojas y aquellas hormigas que saldrían de las hojas amarillentas y lo atacarían y se lo comerían y lo recorrerían por dentro.

Siempre había pensado que en los momentos más desesperantes no sabría responder, que sería algo así como mandar órdenes a miembros independientes, perdidos y desarticulados, una comparsa sin director. “Y entonces te gana lo nervio” –había dicho Pochola–, que estaría en la seccional confesando todo, (y él, con los minutos contados). Seguro que en cualquier momento llegarían e imaginaba el griterío, las luces y el “hacé la cosa más fácil” y toda la gente del barrio mirando una de pistoleros, como las películas que veían, con un vaso de vino cerca, rascándose los pies.

Estarían todos afuera contemplando cómo lo arrastraban hasta el patrullero, cómo lo revolcaban del pelo (que ahora se acariciaba pensando que el Bebe era de fierro, que por ahí, por esas cosas, le daban tiempo de rajarse al Uruguay; que la cosa se había perdido, que él no era tan malo, que no encontraba trabajo, porque no lo recomendaba nadie en una ciudad feroz, tal vez un empleo en un aserradero, como su primo Raúl, que le hubiera gustado otra vida, empezar desde el primer día). Los pensamientos se amontonaban, hormigueaban, no podía coordinar sus esfuerzos, sus ideas bamboleaban, como en un viaje en subterráneo. Tal vez tendría tiempo de empezar otra vez, otras caras, otros lugares lejanos, como los años de la infancia, cada vez más distantes y que parecían no haber existido nunca. Pero presentía las luces y la sirena ronroneando, como si un gran cuerpo se agitase dentro de él, en los últimos pliegues de su alma, donde todavía podía ser, donde alguien como él descuido dejaba una ventana abierta y él, se metía con todo y comenzaba a escalar otra vida, desde el primer día, ganando cada peldaño, seguro de que el Bebe era de fierro y que por ahí, Pochola también.

Alcanzó a pensar que se habían escapado, que habrían saltado los techos de la ferretería, hasta alcanzar la otra calle, como había hecho él, como habían quedado de antemano, como habían ... pero todo era confuso y daba vueltas en la pieza que lo asfixiaba.

“El negro es un loco lindo, pero buen muchacho, ya va a encarrilar su vida, se va a casar y tener muchos nenes, ya vas a ver, viejo”, –había dicho su madre cuando comenzó la cosa, cuando asaltaron la fundición de Avellaneda y todo resultó tan fácil que lo ganó; entonces para qué trabajar como el viejo, se dijo, sí él nunca tiene un mango, deslomándose todos los días y siempre la

miseria de la pieza de la villa, que pensaban comprar un lotecito en cuotas y que zafarían y que comenzarían una vida nueva. “Y sí, la cosa me tentó –le había dicho a su madre–, andás con plata en el bolsillo, te vestís bien, qué joder”.

Buscaba el comienzo, las primeras charlas con Bebe, el vestido a lunares que le compró a su madre; ella no preguntaba, estaba tan contenta, en cambio el viejo, me tiró sobre la cama y me trompió y yo que le decía, “suelte, suelte viejo”, y él “hijodeputatevoyamatar, pero quétenseñe, que te voya a llevar a la comisaría”. Sí, pobre viejo.

Buscaba siempre el comienzo, como recordando una vieja y gastada fotografía y entonces, veía su vida mezclada con la historia de los titulares de los diarios:

Tomarán enérgicas medidas contra el mercado negro.

Una peste mata a mil personas en Etiopía.

Gratificaré la devolución de una perrita.

Fue abatido un peligroso malviviente.

Y él se veía asociado a acontecimientos dispares, cómo había sido su villa desde la escuela, añorando a sus amigos de Santiago, recordando el viaje, las despedidas en la estación y “que todo iría mejor” –decía la vieja– enloquecida por Buenos Aires, por ese extraño embudo que los había ido acorralando.

Pero seguro que la cosa se había podrido, que ya los estarían ablandando, que en cualquier momento llegaría, las luces, todo dando vueltas y la débil pieza de cinc que los encerraba como a un lobo furioso. Era mejor dejar todo allí, imaginando que corría por el campo, que lo demás era ilusorio, que los viejos lo esperaban a comer y que después iría a la escuela. Y sentía el chorro de agua fresca sobre la cabeza, riendo, en el patio de tierra con el viejo que le enseñaba a vistear y jugaban a marcarse con palos tiznados. Sí, esa era la única realidad; lo otro giraba como en las películas, y pensó que su cuerpo estaría lejos, visteando con el viejo, cuando lo sacarán arrastrando como a una bolsa de papas.

ADIOS MUCHACHOS

Apagó la radio pensando que faltaría un par de horas para el amanecer; tenía que aguantar un poco despierto, nada más. Había probado todos los medios conocidos para no dormirse, pero los ojos se le cerraban, o peor aún, aunque los abría esforzándose, se daba cuenta de que en realidad no veía. Pensó que en una de esas, tomando mate otra vez, e intentó recordar sus mejores momentos: el parque de siempre, la fuente bajo el sol, las estatuas que tanto miedo le daban, la quietud de los gestos, las formas contorneadas y se vio pequeño en el tiempo, con sus amigos de la infancia, arrodillados para ver mejor los peces de colores. Una brisa fresca comenzó a llenar la habitación, un aire que renovaba la atmósfera pesada y de nuevo la radio, Carlitos Gardel y “Adiós muchachos compañeros de mi vida”, el sueño insoportable, el mate amargo que llegaba caliente a su estómago.

Los ruidos empezaban a levantarse: autos lejanos que aceleraban en las avenidas, ruidos indescifrables, bocinas, las primeras voces de los chicos diareros, los movimientos de la gente hacia las oficinas del centro. Sintió que perdía algo íntimo, como que la vida compartida con tantos extraños era una especie de violación a su noche solitaria. No quería dormirse y menos a esa hora incierta; lo sobresaltó un ataque de tos del viejito de la cama contigua y pensó que difícilmente pasaría otro día entre los vivos, mientras el viejito se daba vuelta y con la boca abierta, mostrando unos dientes verdosos: quería tragar el aire que le hacía silbar el pecho.

Escondió el termo y el mate debajo de la cama y decidió enfrentar de una vez por todas al cirujano; después de todo, se dijo, no iba a ser tomado como ‘conejito de indias’ ¿Cuánto tiempo había pasado?: ¿cinco, seis días, una o dos semanas? En una espera que le pareció absurda, como si las cosas hubiesen perdido el orden original, y el país, la ciudad, su trabajo, los recuerdos, fuesen parte de un pasado remotísimo o de un gran sueño, que terminaba uno de esos días grisees, de cielo bajo, tan comunes en su ciudad, con una llovizna mezquina que sólo rasguñaba la ropa.

Había comprado “La Razón” y después de haber saludado a alguien (a quién, tal vez a nadie) acomodaba el diario, doblado en pliegues parejos, en el bolsillo del sobretodo, no alcanzó a comprender los gestos desesperados, los gritos advirtiéndole que el camión retrocedía.

La gente se acercó a socorrerlo para subirlo a la vereda y sólo sintió una sensación parecida a cuando se cortaba pelando papas; pensó sorprendido que, después de todo, un camión no era una cosa tan pesada. Lo peor fue ver sus zapatos, ante la vista de todos, despanzurrados en el medio de la calle. Intentaba esbozar una sonrisa para calmar un poco a la gente, hasta que llegara una ambulancia y lo sacara del centro del tumulto.

El viejito sonreía; daba la impresión de no tener dolor, pero el pecho chillaba como si fuera un pájaro. La desorganización de ese cuerpo que tenía más de caja que de ser vivo, le pareció un preludio del final de su compañero, que durante esos días confusos, habló sólo un par de veces, pero en una lengua desconocida. Quechua o aimara, conjeturó, cuando la enfermera entró arrastrando el carrito de curaciones.

Esa mañana no le permitieron visitas; al parecer, el estado de la pierna izquierda no era el mejor y aunque no sentía absolutamente nada, por la seriedad de los médicos, se dio cuenta de que algo extraño estaban tramando: situación delicada, decían, hay que salvar la pierna y tendrían que operar.

Otra vez, la habitación se agitaba como el pecho ronco del viejito, “faltaba poco para irse a casa”, le habían dicho. Qué estaba pasando, no soportaba la idea de una nueva operación, tuvo ganas de arrancarse los cables que lo atravesaban por todo el cuerpo; pero la radio continuaba con tangos, “acuden a mi mente recuerdos de otros tiempos” y le gustaban esos momentos en los que, como suspendido, saboreaba el tango, no sabía si el cantor era Sobral o Goyeneche, pero se conformó pensando que nadie había cantado “Fuimos” como Jorge Sobral y volvió al parque, sintiendo en su cuerpo la quietud de las estatuas, tratando inútilmente de alejar la idea de un final terrible, con arcadas y el pecho queriendo romperse, balbuceando en una lengua remota y que ahora le parecía entender perfectamente, advirtiendo avergonzado, el incontenible avance de un líquido pesado, de una caca olorosa que se escurría entre las piernas, ante la mirada molesta de un enfermo menor, que por su culpa no podría recibir a sus visitas como Dios manda.

Esforzándose para no dormirse, se dijo que jamás volvería a comprar el diario en ese quiosco, mientras lo llevaban en una camilla por los pasillos luminosos que le cegaban con ese sol de las tres de la tarde, al borde de la fuente, boca abajo acechando a los peces de colores.

MUSICA DE CORDEROS

Estiró los brazos y se sintió recorrer por una larga cosquilla, la boca seca y al volver a acostarse, sin querer pensó en cosas lejanas y tranquilas, sucesos de hace tiempo que, como una cadena enfermiza tenían algo sutil que los unía: campos desérticos, un rostro criollo, un sótano de la calle Junín, unos soldaditos de plomo que le habían regalado alguna vez, una bicicleta, un caballo pequeño y dócil, una extraña filmación de cosas absurdas de las que él era protagonista, el centro neurálgico que disparaba a todas partes. Con ese poder que sentimos al levantarnos por la tarde, con los brazos metidos entre las piernas calientes; era el único momento de música de corderos, de una infinita tranquilidad que se negaba a las tareas de la tarde, al sueño largo que acabaría con la corbata y el espejo del baño; con el “hasta luego vieja”, y otra vez a la calles, otra vez los ruidos groseros que verdaderamente lo despertarían, lo sacudirían. Cerró nuevamente los ojos, insistiendo en perdurar esos momentos y al darse vuelta, comprobó que el cuarto estaba vacío de todas formas, era su cuarto. Pensó que era todo fruto del despertar y que verdaderamente seguía dormido, hizo un gran esfuerzo y se sentó en la cama, que le pareció un poco más dura; sobresaltado, comprobó que a sus pies dormía un perro lanudo, no había mucha luz, pero era suficiente para distinguir algunas cosas fatales: unas redes y un par de arpones apoyados sobre un mueblecito destartalado; mirando hacia el techo, comprobó que por allí se filtraba la luz, entre unas cañas atadas.

Como pudo, salió de la habitación, pensó que el sueño pronto terminaría y que tendría que llegar a la tienda; allí, don Gaspar lo esperaría en la puerta con el reloj en la mano, sintió floja la tierra donde pisaba y se apoyó a una columna de madera para ver mejor, el sol estaba fuerte y apenas podía ver a un hombre que a unos metros cosía unas redes de pesca y se apuró a preguntarle – ¿Qué hago acá?, ¿quién es usted? El hombre se dio vuelta y dejó las redes sobre la silla. – ¿Cómo estás? –le dijo– te pegaste lindo, che, pero mejor acóstate Ismael, no creo que podamos salir con el mar así. Ya te vas acordar, viejo, ahora a descansar que un socio así no me sirve para nada.

Seguía apoyado sobre la columna sin entender nada, ¿quién era Ismael y este hombre, las redes, qué estaba pasando?: tendría que despertar, era el momento trágico de la pesadilla, además, llegaría otra vez tarde al trabajo; quería hablar, gritar, todo era inútil, pero si en los sueños no se grita (pensó), se despierta y listo, la corbata, el agua fresca del lavatorio y después a contarle a Martita para reírse juntos.

El hombre ahora seguía cosiendo las redes y él extrañado, le dijo: Un socio como yo, te hace perder guita. Mañana si no está tan picado, le metemos todo el día. Decime Nelson, ¿se rompió el remo? El otro sonrió y sin mirarlo le

dijo que tenía la cabeza más dura que el remo y que le convenía no comer nada. Después te hago una sopita, viejo.

Se acarició la frente golpeada y un pequeño corte marcado por la sangre seca lo sobresaltó, ¿qué estaba pasando?, tendría que llegar a la tienda; ya le habían dicho que lo iban a dejar de patitas en la calle y el sólo recordar a don Gaspar, con sus ojitos descoloridos por el alcohol, lo desesperó. Entró al cuarto y se dejó caer como una bolsa vencida sobre la cama. Sintió un gusto acre en la boca, tal vez la almohada pegada a la cara transpirada no lo dejaba respirar y había propiciado la pesadilla; un mal recuerdo del que no podía salir, como si todas las posibilidades desembocaran frente al hombre que cosía las redes debajo de unos árboles; pero de todas formas tendría que sobreponerse, llamar a su madre para reprocharle el haber olvidado despertarlo “y si me echan es culpa tuya o ahora andá vos y explicale a don Gaspar”, pero todo era imposible y volvían los soldaditos de plomo marchando bajo sus órdenes de niño y las filas perfectamente ordenadas y ¡derecha, derecha!, gritaba su voz de niño y los soldados no obedecían y el niño otra vez gritaba y los soldaditos huían en todas direcciones y alcanzó a pensar que era el final de la pesadilla y eso lo alegró; ya presentía el chorro de agua fría, el peine recorriendo la cabeza dándole el jopo de siempre; ya preveía las calles hasta las tiendas; tal vez todavía no era la hora de entrada y hasta sintió un gozo íntimo en recordar todas esas cosas y pensó que, como en todos los sueños, después no lo podría recordar y la imagen del hombre, los arpones, serían inalcanzables; pero una luz nuevamente lo cegaba y otra vez el hombre estaba a su lado, alcanzándole un jarrito humeante y él, desorientado que le decía: –Gracias, creo que tengo un poco de fiebre, me va a venir bien un caldito Nelson.

Estuviste hablando toda la tarde, che. Si mañana seguís así nos vamos hasta el pueblo. Tomá la sopa –le dijo– y él lo vio alejarse y sentarse frente a un calentador, a su lado seguía el perro dormido; medio tambaleando llegó hasta la mesa y se sentó extendiendo las manos sobre el fuego, el otro lo ayudó para que no se le volcara el jarrito caliente, sentía sus brazos pesados y un dolor muy fuerte en la cabeza sin poder hacer nada para controlarlo, sin poder dirigir sus pocas horas de siesta –juró que jamás dormiría por la tarde, aunque una idea lo aterrorizó al sentir en su garganta el sabor hiriente del caldo y miró el jarrito que sostenía entre las manos: no estaba dormido.

Tapate bien –le dijo–, así sudás toda la noche y mañana como nuevo, mejor acóstate, Ismael.

Escuchó, o creyó escuchar en ese estado inconsciente, unas campanas lejanas y recordó la iglesia de su barrio y que estarían llamando a misa; aunque la hora era imprecisa, imaginó la fila de autos negros frente a las puertas de la iglesia y al cura consolando a los parientes del muerto, el esfuerzo que harían al bajar el féretro para conducirlo al centro de la capilla, donde un par de velas

olorosas cercaban la irrealidad de la muerte. Tal vez, pensó agitado, si duermo un poco más, sin dar tantas vueltas en la cama, podré tener un sueño profundo y así me despertaré; además, lo que lo tranquilizó, fue pensar que siempre que se durmió se despertó, después de todo, –se dijo– podría estar enfermo. Se acariciaba la frente surcada por la sangre seca y pensó que al otro día tendría que meterse al mar con Nelson y recordó fugazmente el tiempo en que se había enredado con las redes y cómo bruscamente se levantaba el remo contra su cabeza; creyó que era el final, pero despertó luego (con suerte, diría) en el rancho, con Nelson que le alcanzaba un caldo caliente, pero todo era confuso y se sentía mojado, con la cabeza zumbando, tendría que hacer un esfuerzo, un gran intento para levantarse y llegar hasta el baño; le parecía extraño que su madre no lo despertara, además a Martita no le gustaría que otra vez se quedara sin trabajo, con tantos planes que tenían.

La cama se hundía en el centro y allí estaba su cuerpo vencido que se agrietaba entre los elásticos rústicos; allí había estado alguna vez, era un pasillo subterráneo que daba a un departamento donde vivía el portero, como otras veces lo imaginó con una vida sustancialmente distinta a la que transcurriría en la calle Junín, adonde llegaba el sol, los ruidos de los autos, la gente con paquetes y preocupaciones; pensó en el rostro lechoso que contestaba que no se alquilaba ningún departamento y se recordaba excusándose, aterrorizado de pensar en la posibilidad de vivir allí, a unos metros de esa vida de ratas con Martita y ella que quería alquilar a toda costa, a cualquier precio, olvidando las paredes sórdidas, los vapores húmedos de gato y, desesperado, sintió que el hueco de la cama era infinito, que no podría salir que lo estaban velando y comprendió las campanas de la iglesia y la oscuridad y la impotencia de gritar que estaba vivo, que todo era un sueño, que ya hacía tres días que no iban al pueblo con que ya hacía tres días que no iban al pueblo con pescado, que él era un pescador que no podía perder más tiempo, que mañana le meterían todo el día, con el mar picado y todo; pensó , que de todas formas Martita y su madre se las arreglarían solas.

PARA DESTRUIR

Había escuchado cientos de miles de miles de veces dentro de sí, la misma condenatoria sentencia de aquella carga siniestra que arrastraba desde la infancia y las peleas con Bebe, las desangradas iras cuando Bebe les dijo a todos (Pochola, Marcos y el rengo) que le gustaba la señorita Zulema y se corrieron jugando por el baldío y saltando al llegar a las vías, para ocultarse y ante la sorpresa de todos; Bebe gritaba (¡señorita Zulema!) y vuelta a correr, hasta que desde la casa del rengo salía la madre y el barrio quedaba paralizado cuando lo llamaba a tomar la leche (todos los jodíamos: andá Piluso, la leche) y Rogelio que era el verdadero nombre del rengo se rearmaba y extendía las piernas, medidas entre los aparatos que le daban en Alpi, pobre rengo, subía a la bicicleta y con movimientos temblorosos se iba para la casa.

Entonces, ya no nos corríamos ni nos mirábamos como si nos costara trabajo entender que una vacunita que no quiso tomar porque se portaba mal (decía mi mamá) lo llevó a Rogelio a estirar los brazos monstruosos ocultando como si fueran de otro, las pequeñas piernas casi inexistentes entre los pantalones.

De todas formas, el tiempo fue acentuando nuestras diferencias y las bromas pesadas de Bebe, se trasformaron en una entrada en la comisaría cuando a los quince empezó a robar las chapas de bronce de todos los frentes y las vendía en la fundición de Avellaneda; el Bebe, decían todos, era un loco lindo (ya en esa época, había ingresado al conservatorio y con los primeros exámenes me iba alejando de las charlas, ahora nocturnas, en el jardincito de la casa de Marcos) después prometíamos vernos; pero durante el día corríamos sueños distintos y los juegos y las corridas eran cosa del último verano; encendíamos cigarrillos, entre los pastos, apoyándonos en la tierra y soñando entrar en la primera de River o conquistando a alguna compañera del colegio (Marcos trabajaba con el padre en la zapatería y los sábados tenía para invitarnos con un Gancia). Era otro sabor comenzar a despertar y decirnos íntimamente: sí ésta es la vida, la que nos espera cuando podamos ir a ver las prohibidas. Pero el comienzo de las clases me arrastraban de nuevo al conservatorio y el día era demasiado corto para vernos. Una mañana me despertaron los gritos de la madre del rengo, mi padrino se levantó y fue a ayudarlos, pero ya nada se podía hacer; fue todo demasiado rápido, el olor de los médicos mezclado a los vapores de la mañana que amenazaba con lluvia y los gritos de la madre de Rogelio. Después, como una sentencia, nos veíamos todos en el cementerio cerrando una pequeña tapita sin nombre, sin comprender todavía lo que había pasado y que verdaderamente esa tapita significaba la ausencia para siempre del rengo que se había envenenado.

Las frases de mi mamá son irreproducibles y creo que si Rogelio las hubiese escuchado se habría muerto otra vez, porque mi vieja cuando putea, putea en serio y empieza a revolear la zapatilla enfurecida.

El recuerdo, ahora lejano, de aquella enigmática muerte, el suicidio de un amigo de juegos, de un amigo de cumpleaños con velitas. El rengo, pobre negando las puertas a nuevos sufrimientos, a caer en sueños atroces por las noches y lo que era peor, durante el día, cuando a la salida del colegio y ante la vista de todas las chicas aparecía tortuosamente por el inmenso hall. Si bien lo saludaban con cariño (cosa que agravaba la situación) como si fuera el perrito faldero, tenía de una forma u otra algo de grotesco y asqueroso, derrumbándose a cada momento, contornándose en la bicicleta. Era como si verdaderamente estuviera compuesto de otra piel, una sustancia distinta. Pobre rengo, cuando iba a casa, mamá lo trataba como si fuera un imbécil (por acá querido, cuidado con molestarlo a Rogelito, ¿querés otra tostadita, querido?), y molesto el rengo asentía, como enjaulado entre esas piernitas que tanto odiaba.

Bebe estaba distinto y ya casi no se lo veía por el barrio: la muerte del rengo había sido demasiado y un par de días atrás en otra de sus famosas pesadas lo había imitado a Rogelio ante otros compañeros de colegio (también estaba Estela y se reía con los otros), cuando la bicicleta del rengo dobló inesperadamente la esquina. Fue la ruina del Bebe y desde entonces no nos hablamos más.

Luego el conservatorio extenuante como siempre y después ya en plena colimba, nos volvimos a juntar y como dos viejos recordábamos los partidos de paleta, a Marquitos, a Pochola y en las largas horas del cuartel nos juntábamos en la cocina a tomar mate; el tema era el barrio y que ahora juego en la tercera pero que cualquier día me pasan a primera y loco como siempre se reía y confiaba en el futuro, en la amistad de la infancia y en la confidencia del invierno, sacaba una foto de la chaqueta, ¿te acordás de fulanita? Sí, aquella, (y yo recordaba una nebulosa de polleras cortas). Sí, Estela, ¿ahora te acordás?, es mi novia.

El primer franco quedamos en encontrarnos y fuimos con Estela y una amiga a tomar un café, como si desde siempre hubiera estado esperando esta situación; pensé en Rogelio, en el olvidado renguito que alguna vez había llorado por la Estela, que en el café reía grotescamente, intentando fumar sin saber tragar el humo (el cuerpo podrido se confundía con la risa intolerable de Estela cuando Bebe les decía que yo era músico, músico de verdá, decía). A la salida del bar, me dijo orgulloso. –“Está conmigo, la tengo en un puño, viejo”.

El primer sábado libre la llamé y quedé en verla. Ella aceptó en seguida, le dije que teníamos que charlar y la invité al cine. La cosa fue más rápido de lo pensado y a la semana siguiente estábamos otra vez en el cine, abrazándonos.

A Bebe lo eludía en el cuartel y Estela le decía que estaba muy ocupada con los exámenes de diciembre.

Y aquello, a lo que me parecía estar condenado desde la infancia, volvía y pensaba en eso recostado fumando un cigarrillo abrazando a Estela desnuda y caliente entre las sábanas del hotel, mientras dormía a mi lado; imaginaba que Bebe estaría en el cuartel pelando papas.

En el primer franco fuimos con Bebe a tomar café y preocupado me dijo que tenía problemas con Estela, que no lo quería ver más y me pedía consejos; desesperado decía que Estela se había acostado con otro. “No te calentés –le dije– ¿Te acordás del rengo Rogelio?, ¿te acordás?, él salió con ella una vez y ya me había contado que era una flor de puta, viejo”

CARDOZO

Como todo buen argentino, ese día no sólo no fue a trabajar, sino que para estirar las piernas un poco, decidió con los muchachos de la feria, recibir el carnaval en forma: salir en la camioneta repleta de baldes y bombitas por los barrios enemigos; seguramente las primeras víctimas que imaginó fueron las hermanas de Cardozo, que alguna vez le pagaría la paliza del año pasado. Sí, las hermanas de Cardozo lo putearían intentando correr cerca de la camioneta, empapadas con los vestidos pegados al cuerpo. Se reía imaginando la cara de Cardozo, ese hijo de puta que lo había revolcado en el parque después del partido.

Lo recordaba continuamente y no sabía bien por qué; pero el rostro de Cardozo volvía cuando se sentaba a almorzar, volvía cuando se despertaba y tomaba mate con el viejo: entre dientes se la había jurado y lo veía marcharse despacio con los puños cerrados, mientras el círculo de sombras se hacía más grande y él quedaba desparramado por el suelo.

Con los amigos preparó los baldes y las bombas de agua y fueron acomodando las cosas en la caja de la camioneta con gran lentitud, como gozando con cada gomita. Cuando estuvo todo listo, eligió el primer puesto en el coche, y acomodándose entre dos baldes de plástico, se sintió como un guerrero rodeando su espada brillante, mientras el sol de la tarde, le hacía entrecerrar los ojos. Pronto los tilos dejaron paso a los paraísos y, como en una guerra esperada, el barrio entero se llenó de gritos y alaridos por la cantidad de bombas y baldazos que caían tras los portones mal cerrados. Cerca de lo de Cardozo vieron un grupo de hombres bajo unos árboles.

Como un relámpago, recordaría después otras puertas, una dentro de otra y hombres circunspectos y una sala dispuesta con un cajón de pino en el centro; pero la camioneta seguía y él, con el balde todavía en la mano miraba estúpida, fijamente a las personas en la vereda, que pronto fueron una sombra, mientras imaginaba a Cordozo, al pobre Cardozo, velado en un rincón de la casa.

Después de cenar, sin decirle al viejo dónde iba, comenzó a caminar y se encontró en el barrio de los paraísos, sin saber por qué, frente a una puerta cerrada.

SEIS MESES

Sintió que lentamente un gusto amargo pasaba por su boca, y mirando con dureza a su madre, comprendió algo que tenía el sabor de lo ya vivido: eran como escamas de pensamiento que necesitaban aflorar, cavando como un perro para esconder un hueso, como si millones de células mandaran la orden al cerebro y él descubriera la mejor calidad de la yerba, mientras sostenía el mate entre las manos, con los brazos apoyados sobre las rodillas, invirtiendo el valor a esa breve esquela tan esperada. Salir de la ciudad era un poco, pensó, descubrirse a sí mismo, al que había sido, al que todavía era, un odio a los días que se habían transformado en recuerdos: olores, caminatas, y árboles sin sombras, previendo una nueva mañana: el sol creciendo y blanqueando las caras, calentando algo que parecía frío como un témpano. Pensó en esas cosas que lo herían pero que como un cariño doloroso le eran irresistibles.

A veces podía preverlo: sentir que otros irían contemplando los mismos despojos, el mismo insípido sabor por la vida (pensar en ella, recorrerla como una galería subterránea, se limitaba a pensar para atrás: un hoyo en la noche, tres o cuatro hechos fotográficos volverían, tres o cuatro, un par de rostros, sólo un par y haciendo un esfuerzo inútil para recordar el rostro, sí, lo veía; pero pronto casi inmediatamente se esfumaba y sólo un pelo moreno, transpirado, una risa lejana).

Con los brazos enfundados en el gabán, preparado para soportar el chicotazo del viento en las tardes de otoño (como un hoyo negro, pensó) salió a la calle y caminó hasta la parada del colectivo.

Seis meses atrás, siempre atrás (pensó), la carta lo hubiera salvado: el pequeño empujón para dejar la oficina de caras apagadas, de tiempos concentrados, de iras continuas, de estúpidos que como él acomodaban papeles para ganarse el sustento y de las frases de siempre que eran como el viento de la tarde, “y que con el tiempo te pueden ascender y sino miralo a Martínez, ya casi por jubilarse como jefe de despacho”, y la seguridad de ser empleado del estado, los beneficios sociales, las vacaciones pagadas. Cada frasecita era como una trompada en el estómago, en el otro estómago, más sutil y profundo, tal vez más real: lleno de máquinas de oficinas chispeantes llenando formularios inmemoriales, transcribiendo el dolor despacio, midiendo las horas de la merienda y el timbre final que indicaba la salida por la tarde.

Unos años atrás había comenzado medicina, pero con el mismo desgano que cuando comenzó a tramitar su ingreso en el ministerio. Todo comenzó cuando el médico de la familia, una tarde los visitó, quizá a instancias de la madre y lo invitó para que al día siguiente recorrieran uno de los hospitales donde trabajaba; las camas alineadas esperando el importantísimo

paso, y él, asqueado por los yesos y las caras desencajadas de los enfermos, se intentaba imaginar con un guardapolvo blanco, caminando con la misma seguridad entre los tristes corredores. De ahí a la facultad bastaban solo esperar unos meses hasta el ingreso (meses, pensó, con el continuo cacareo de mamá, que lo perseguía, mate en mano, por toda la casa, alentándolo, nombrándole todos los médicos que había conocido y cómo habían comenzado y su brillante posición actual). Pero todo había quedado lejos, como esos pueblos por los que pasa el tren y sólo vemos cómo un par de chicos agitan sus brazos a la masa de fierros que brama y pronto deja atrás, muy atrás a los diminutos, casi inexistentes (sólo el paso del tren les daba vida, el tren rugiente les daba nombre y apellido, les daba un lugar olvidado) una mezcla de casitas de barro y cinc. Pero todo había quedado atrás, lejos y luego la oficina y los “sanguches” de queso sobre la montaña de documentos que tendría que sacar mirando a cada momento la hora, el retroceso, los últimos minutos para ganar la calle, para ganar la gente en los cafés, para ganarse a él que gozaba a caminando hasta la casa, previendo la charla en la cena con su madre; regar las plantas, hablarles como si fueran sus amantes de siempre, ver cómo crecían sus nervaduras verdes, como luchaba contra el ejército de hormigas que las atacaba insistentemente, descubrir los escondites entre las macetas y allí atacarlas con el agua caliente y gozar con el retroceso de las cercadas y el agua hirviendo que las paralizaba y él se decía “con esto aprenderán”; pero siempre sucedía lo contrario y al día siguiente, todavía de saco y corbata, las encontraba como resucitadas, más seguras en su silenciosa tarea.

Como un hoyo negro, ella era irrecuperable, sólo una mirada sonriente, una cara perdida que intentaba reconstruir cada día, hablándole como a las plantas del patio, ver cómo sus brazos (los mismos que acomodaban formularios ocho horas por día) la aferraban y por fin cómo cedía y se dejaba arrastrar a la suavidad de las caricias, los planes lejos de la ciudad, lejos de mamá, de los rectoranes olorosos junto a la oficina. Pediría una licencia extraordinaria. Por seis mese, seis infinitos meses y allí, desde la tranquilidad de un café a las diez de la mañana, planearía el futuro: escribiría una carta a Palito, él lo ayudaría, sí, Palito lo haría, después de todo eran como hermanos.

Gozaba de esos momentos de espera para volver nuevamente a la carta, al bolsillo que fielmente custodiaba del mundo su real existencia; quizá por costumbre, o para pensar en los viejos tiempos, encendió un cigarrillo, tal vez para que el humo le trepara por las manos, mientras que el calor iría llegando pesado pero infalible hasta las yemas de los dedos. Guardó la carta en el bolsillo de la campera y fue hasta la cocina para distraerse, tomar unos mates con su madre, escuchar algún tango por la destartada Special, atada la pobre a dos cintitas que contenía a presión los pequeños mecanismos que hacían surgir de la nada, pronósticos del tiempo, ruidos lejanos y tangos viejos.

La puerta podía abrirse; era cuestión de días y los últimos meses sin oficina, saldría a caminar por tal calle, recordando el aire sofocante y el repiquetear de las máquinas. Algún bostezo en una plaza era comenzar a disfrutar, a planear con las cartas de Palito, a leerlas de arriba para abajo, de abajo para arriba, buscando los símbolos en cada acentuación, en alguna palabra irremplazable, que suponía eran gritos de su amigo lejano, gritos para decidirlo, eran los gritos de ella (pensó) que, todavía viva, o esperaba para acariciarlo, para jugar en el pozo negro que se agrietaría para darle paso, sólo a él.

Siempre lo había atraído el mar, los puertos de pescadores, los barcitos con historias, como las que había mirado tanto por televisión: sin motivo alguno se agarraban a trompadas y las sillas volaban sobre las cabezas y luego como en una tormenta de verano renacía la calma; otra vez las historias, y aquí no pasó nada.

Tendría una habitación a la calle para mirar los árboles bamboleantes por el viento del mar; trabajaría en cualquier cosa, llevando la contabilidad de alguna ferretería, manejando una topadora y reiría con Palito, en borracheras infinitas. Llamaría a su madre “vieja”, como tantos lo hacían (sólo para él había sido imposible, bastaba una mirada y casi no podía hablar, gesticulaba sin sonidos, inmovilizado por los ojos celestes). Le diría, seguro de la resistencia que opondría a la soledad, a la locura que estaba por hacer: “Dios me libre, te volviste loco, nene”. Cerraba los ojos y la imaginaba muerta, dentro de un ataúd, rodeado de flores, lejos, con la tranquilidad del que es visto por el centro con una prostituta, sin el temor de la parentela que lo había arrojado, como un desperdicio oloroso, al confinamiento de la oficina, con el lema de la jubilación segura a los 30 de servicio y le daba terror pensar en una jubilación sin haber hecho nada, sin vivir ninguno de sus sueños, sin haber sentido alguna vez hambre, sin haber mentido a una muchacha, sin haber sentido asco ni vergüenza, como los actores de las películas que miraba con mamá.

Escucharía en las noches cerradas, los aullidos de los perros y los imaginaría cavando, destrozando la tierra fresca, olorosa, con sus patas para ocultar un pequeño y descarnado hueso, como él, como ocultaba él, su hoyo negro, con vida morena y transpirada, que lo llamaba con los brazos insinuantes entre los formularios amontonados.

El lunes no volvería a la oficina. No.

¡Ay!, la seguridad del “sanguuche” de la tarde, del ayer y del mecanismo repetitivo del mañana: –“Sí señor, cada cosa en su lugar. No”.

¡Ay!, la corbata impecable y la despedida de mamá: un par de bromas con el jefe y todo como antes, siempre antes, atrás, lejos de la licencia contando las bromas del retroceso hasta el timbre de la salida.

El lunes volvería a la oficina.

Mamá tiene razón, pensó, ya tuve un buen descanso y una posición hecha que no puedo tirar por la borda, unos cuantos años de aportes a la caja, en fin, después de todo Palito comprenderá, ¿no eran como hermoso acaso? Además, “quién me plancharía las camisas, quién atacaría a las hormigas”.

EL FERROCARRIL DEL SUR

A manera de prólogo dejaré escritas estas palabras, para que los lectores se encarguen de hacerlas olvidar. En esta pequeña narración trataré de sintetizar 20 años en los viejos escritorios del ferrocarril del sur (puesto heredado de mi padre, miembro fundador de nuestro noble gremio “La Fraternidad”).

La decisión ya fue tomada, las autoridades ferroviarias tendrán ahora la responsabilidad final sobre los sucesos que a continuación detallaré.

Hoy hace un buen tiempo: llueve torrencialmente, hermoso día. Recuerdo las sorprendentes situaciones de aquella época como una nebulosa que crece: yo llegaba a caballo a dejarle una pequeña cesta de comida para mi padre, entonces guardabarreras de lo que yo pensaba que era un peligroso cruce en el campo. Los trenes pasaban y gente que no nos era extraña saludaba y conocía nuestros nombres. El pueblo más cercano, era sólo un caserío ya casi despoblado, pues el tren sorteaba su paso. Fue convirtiéndose en un par de casas destruidas donde íbamos a jugar con mis primos. Con el correr de los años heredé el cargo de mi padre y comencé a vestir la célebre casaca de ferroviario, pensando que próximamente sería trasladado a alguna población más importante, pues pronto comenzaron a escasear nuestros pasajeros y la legendaria línea del sur trasladaba sólo ganado. Mi padre ya había muerto y desde mi escritorio dirigía la Estación.

Pronto los inviernos se sucedieron con la misma rapidez con que atravesaba el tren nuestro paso, hasta la actitud de los maquinistas no era tan cordial como antaño. Entonces, comisioné a uno de los pocos empleados que quedaban para que llevara una carta de protesta sobre los injustos atropellos contra nuestra olvidada Estación.

Lo que llamaré a partir de ahora como Primera Comisión, no tuvo el éxito que planeábamos desde nuestras oscuras oficinas. El comisionado volvió con una breve nota firmada por un Jefe de Despacho de la sección Encomiendas que con un tono de total intrascendencia decía: “Acuso nota de recibo Estación Circunvalación, la misma seguirá su curso”. Un gran sello similar a los nuestros, pero con ligeras variaciones acompañaban la nota. El Comisionado, agotado por las penurias del viaje, descansó la tarde de ese día y al encontrarnos en el comedor ya casi deshabitado, dijo que con mucha suerte el trámite que habíamos iniciado llevaría meses, dado el carácter de urgencia que le habíamos impuesto. Nosotros desconocíamos que nuestra breve carta había sido el comienzo de algo que sólo queríamos esclarecer. Quizá los cambios en la política desorientaban y entorpecían el desenvolvimiento del sistema ferroviario y todos los problemas que podrían suscitarse.

El tiempo comenzó entonces a medirse por la cantidad de notificaciones que enviábamos y las que cada tanto nos arrojaban desde los esporádicos trenes que pasaban. Lejanos quedaban los días en que preparábamos carbón para el expreso de la mañana y mi padre cambiaba corderos por revistas y diarios o cosas parecidas con los maquinistas.

Nuestra estación, entonces, era recorrida por un murmullo de pasajeros que corrían aprovechando el descanso para tomar un desayuno preparado por mi madre en la confitería. Yo, entonces, me desempeñaba como ayudante de cocina y del Jefe de Estación; recuerdo, como en un sueño, una noche cuando preparamos un asado para festejar el cumpleaños de un empleado: bailamos en medio de una tormenta que se desató de pronto en la llanura, entre los fogonazos de los relámpagos; las siluetas se dibujaban en el horizonte y hombres y mujeres seguían envueltos y apretándose. Creo que nunca nos divertimos tanto, hasta mi padre me pareció extraño vistiendo ropas de calle sin su uniforme azul de todos los días.

Pronto quedé solo, pues el único empleado y primer representante ante las autoridades, decidió marcharse diciendo que el problema no tendría solución: nuestra Estación se había perdido.

Pensé entonces en mi padre y en lo que hubiera hecho él en una situación similar. No podía dejar mi cargo conseguido durante veinte años de sacrificios y esperas, por un temporal malentendido. Tendría que continuar esperando: las voces de mi familia me lo imponían, además llegarían muy pronto los días en que la Estación cobraría de nuevo el ritmo de antes. Estaba empeñado entonces en trabajos de conservación de los galpones de acopio de cereales, luego pintaría la Sala de Espera y repararía nuestro primitivo sistema de calefacción. Sólo había que esperar, quizá con un nuevo cambio de autoridades, todo se arreglaría con la misma rapidez con que se había iniciado. Las amarillas paredes de la Estación comenzaron a enmohecerse y las goteras inundaron mi dormitorio. Por esta causa trasladé mi cama y un pequeño ropero al Despacho del Jefe de Estación, y labré un memorándum para las autoridades que podrían vitarnos, cosa que yo creía inminente.

Días y noches pensaba en las posibles alternativas que me quedaban; lo que más me extrañó, fue lo que consideré el último viaje: los maquinistas pasaron como mirando una estación abandonada; yo agitaba mis manos saludando para entregarles una nueva carta, y el tren fue un punto lejano que desapareció en la llanura.

Las posibilidades eran pocas; podría ir personalmente a entrevistarme con las máximas autoridades del ferrocarril y dado mi carácter de Jefe de Estación, sin duda sería recibido, pero tal vez entorpecería el curso del trámite iniciado con cuantiosas cartas. Quizá el recepcionista de la correspondencia interna, distraído, habría perdido las cartas y las autoridades no estarían al

tanto de lo que ocurría en Estación Circunvalación. La única causa que me detenía era el pensar en que si ya existía cierto malestar por nuestra Estación, mi visita agudizaría el problema y la posibilidad quedaría librada entonces al posible, pero lejano cambio de autoridades del ferrocarril.

Todo esto lo pensaba envuelto en mil ideas y como en un sueño me despertaba mi madre, preparaba el caballo y yo partía al galope para llevar la cesta de comida. Los paraísos giraban y caían a mi paso y sólo los cascotes del caballo sacudían el silencio de la mañana. Un buen día llegó la cuadrilla de obreros que fingieron no reconocermé y comenzaron a cargar las cosas útiles que quedaban. Entonces pensé que el malestar infundado de las autoridades era un hecho y que habían preparado a los obreros para aislarme. Yo, un verdadero Jefe de Estación, tendría que estar preparado para resistir valerosamente lo que consideraba como “vaivenes de la política” y mis esperanzas extrañamente, al ver desmantelada la Estación, fueron creciendo y observaba sentado sobre unos durmientes cómo el tren partía y dejaba semidesnuda a la vieja Estación.

Esta tarea se repitió durante tres días consecutivos, y cuando intentaban llevar uno de los escritorios, me dirigí al que estaba a cargo de la operación; pero éste simuló no verme y subió al tren. Quedé gritando solo, a un tren rugiente que se perdía en la gran curva de Circunvalación.

Durante un tiempo no me preocupó el olvido a que estaba sometido, me decía que era sólo una prueba más en la difícil vida del ferroviario.

A menudo me veo cantar o reír caminando por los andenes y las voces de mis padres se escuchan en los galpones despoblados. De todo esto hace tal vez seis o siete meses; ya la provisión de carbón se acabó y he tenido que utilizar como combustible algunas sillas de la sala de espera. A veces, me despierto soñando en las mañanas y veo llegar a un hermoso tren y, luciendo su impecable uniforme, a mi padre que me llama, y yo subo y saludo par siempre a la vieja Estación que desnuda nos mira desaparecer.

TITULOS

- SEÑORITA ALFREDO
- UNA VENTANA ABIERTA
- ADIOS MUCHACHOS
- MUSICA DE CORDEROS
- PARA DESTRUIR
- CARDOZO
- SEIS MESES
- EL FERROCARRIL DEL SUR